

Carta de Santo Domingo

Alexis Gómez Rosa

ANOCHECE.

Escribo desde una orilla del Atlántico; desde la orilla caribeña del Océano Atlántico siempre preñado de huracanes. La noticia la puse a correr desde muy temprano: “publicaremos en España”. Así es: nos publicarán en España una “carta dominicana o de Santo Domingo” para decir quiénes somos culturalmente hablando, en una cartografía urbana a la que yo añado un puñado de trece poemas (propuesta de última hora), por ser la poesía el buque insignia de la literatura nacional. Trece poetas y un solo escalofrío firmado en América.

Primera tarea: seleccionar a los responsables de brindar un ángulo inédito de la ciudad que fundara Bartolomé Colón en 1496.

Elegidos medalaganariamente los poetas (es un decir) de la antología *La ciudad en nosotros* (2008), de Soledad Álvarez (René del Risco Bermúdez, Jeannette Miller, José Enrique García, Miguel Aníbal Perdomo, Armando Almánzar Botello, Angela Hernández Núñez, César Augusto Zapata, Plinio Chahín, José Mármol, León Félix Batista, Juan Dicent, Homero Pumarol y la propia Soledad), pasé a estructurar una carta concebida como diálogo, forum, o abierta tribuna de las diversas expresiones ciudadinas que los poetas administran.

Segunda tarea: airear la palabra poética en el contexto de un espacio en permanente mutación. A la luz de los grandes cambios y movimientos urbanos, las grandes motivaciones y desafíos de la palabra.

Me interesaba (me interesa) crear un tejido de signos que articule un lenguaje sostenido en la Historia. Diríamos que no es tanto la visión de la ciudad en su geografía política y cultural, sino el testimonio colectivo de cómo ésta se ha ido transformando y afectando la vida de quienes vivimos

en ella. Interesante idea, pensé, y procedí a comunicar a los poetas el plan de hacer una carta dialogada que lo integre todo: el día y la noche, el mar y la falda de la loma, lo antiguo y lo moderno. Me senté a esperar pues me había casado con esa idea. Mientras tanto fui haciendo mis apuntes que me llevaron a recorrer la infancia en la ciudad colonial por donde se paseaba el Virrey Diego Colón y yo aprendía los nombres de las carabelas colonizadoras y las leyendas de vírgenes y encomiendas. Muy poco ha cambiado desde entonces: el tiempo la transformó. El sector sigue arbolado en sus calles donde tantas veces puse a circular canoas de la flor de amapola en esos días de lluvia torrenciales de mayo a septiembre.

Ahora sólo extraño una cosa notoria por necesidad: ya las campanas de la catedral no llaman a los feligreses a misa, ni las beatas dejan bajo la puerta sus hojitas motivantes para salvar cuerpo y espíritu.

(Me corrijo: “el infierno tan temido” se ha democratizado; Santo Domingo naufraga en el sacrilegio de la santa, si corresponde a su autoría, extraña temeridad)

La ciudad primada (que Nicolás de Ovando trazó con la punta de su verbo en la sangre), llamada “Atenas del Nuevo Mundo”, fue sumando nuevos rostros con sus barrios de madera y zinc, sus glorietas importadas, sin variar lo esencial en su vida de furioso catolicismo. La ciudad tradicional, de calles estrechas y casas de mampostería y ladrillos, con sus portones y postigos y sus ventanales de amplio poyo y alta techumbre, al paso del tiempo sustituyó la nobleza de la piedra por el burdo empañete de cemento. A principio del siglo XX, en un sostenido afán de modernización, gobernantes “desarrollistas” ocultaron la fisonomía de la vieja ciudad tras la faz del progreso.

Visión faraónica, sin lugar a dudas.

Dentro de la muralla el Evangelio —repartido entre siete iglesias coloniales—, y el privilegio enorme de haber sido cuna de grandes escritos de Tirso de Molina y del entremés de Cristóbal de Llerena: primer drama escrito por un criollo en América. Después de la muralla un nuevo credo, agresivo y diverso, que combina el ímpetu del mercado con métodos persuasivos de modificación de hábitos y creencias, se abre a nuevos parroquianos.

Resulta fácil explicar ese fenómeno conductual.

Bastaba pararse al finalizar la calle Palo Hincado, frente al Destacamento Principal de los Bomberos, para ver, hacia la izquierda, el movimiento puntual, reposado, de quienes se consagran a una costumbre: levantarse temprano, tomar el café y repasar el periódico; e ir a trabajar como se acude a la iglesia seguros de concluir el día del parque Colón al parque Independencia, añorando la noticia que los redima.

(Es el Santo Domingo de Guzmán de los dueños de casa.)

Hacia la derecha, al norte, del otro lado de la sepultada muralla, la ciudad es un hervidero de pregones; un bullicio mestizo de inmigrantes del campo que trasladan al asfalto bajo el farol de mercurio, su cultura de conuco y “jumiadora”;¹ su hábito de tejer en cuentos las cuentas (en rezo) del rosario, su cachimbo para quemar el ocio en tabaco barato.

(Realidad nueva de un Santo Domingo emergente.)

No se piense que por decir “realidad nueva” la diferencia que describo se aprecia hoy día. Me refiero a la ciudad capital cuando se amarraban los perros con longaniza. En aquellos años de revueltas y montoneras de “inconsultos caudillos” que mantuvieron en jaque la inestable República.

Definitivamente, la ciudad se hizo otra. La ciudad romántica de Tulio Manuel Cestero y Joaquín Balaguer se fue transformando entretejiendo calles que alargaba con sus luces a un ritmo sorprendente. Primero se hizo preciso y doloroso padecer la Intervención Militar Norteamericana de 1916 que, como consecuencia directa, nos dejó en Rafael Leónidas Trujillo a su representante de hierro. Tanto norteamericanos como el dictador impulsaron obras de infraestructura que consolidaron las bases del desarrollo. Muy pronto Santo Domingo ganó un perfil cosmopolita, con aires de modernidad, amplificado por el rugido de sus carros. Se levantaron instituciones en la medida en que el país, y particularmente la ciudad sede del gobierno, reglamentaba su vida de acuerdo a patrones de administración que decretaron la muerte del “conchoprimismo”,² con la implementación de rigurosos controles fiscales.

Trujillo se convirtió en el Gran Constructor de la República. Construyó el Palacio Nacional, el Palacio de Bellas Artes, los edificios de la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre (posteriormente utilizados para albergar

la mayor parte de las oficinas públicas), y el Palacio Radial La Voz Dominicana donde se creó un complejo artístico de insospechada significación y trascendencia. Su hermano, José Arismendy Trujillo (Petán), a partir de entonces, hizo de padrino del arte nacional en lo que a danza, música y voz concierne. Se realizó anualmente un evento artístico internacional durante la década del 50, llamado “Semana Aniversaria”, que aglutinaba lo más granado del arte popular de América Latina. Por La Voz Dominicana desfilaron artistas como Silvana Pampanini, Libertad Lamarque, Ima Zumac, Lucho Gatica, Antonio Prieto, Daniel Santos, Bobby Capó, Olga Chorens, Daniel Riobos, Dámaso Pérez Prado, Celia Cruz, René Cabel, Gregorio Barrios, Leo Marini, Juan Legido, Néstor Mesta Chaire, Alfredo Sadel, Pedro Vargas, Toña la Negra, Amalia Mendoza, Pedro Infante y una constelación de mexicanos de los que llevan el grito anclado en el espíritu.

Por otro lado, en el Palacio de Bellas Artes, se creó la Escuela de Artes Plásticas con un cuerpo profesoral dirigido por Rafael Díaz Niese (español), e integrado por otros peninsulares como José Vela Zanetti, José Gausach y Manolo Pascual. En el campo de la crítica literaria es insoslayable la presencia de Don Manuel Valleperes y Doña María Ugarte (refugiados de la Guerra Civil Española, como los anteriores), que desde las páginas del diario *El Caribe* hicieron una labor encomiable de orientación y de difusión enriquecedoras. Suerte pareja corrió el teatro en una explosión permanente de representaciones criollas y extranjeras, reservando para la música y la danza, con el Conservatorio Nacional de Música, un espacio incesante de manifestaciones creadoras y temporadas internacionales de renombrados artistas que han posibilitado el diálogo con los músicos, cantantes y coreógrafos nacionales.

Si en el pasado reciente el universo de las artes se mantuvo en el polígono central, la realidad del momento permite apreciar manifestaciones artísticas en barrios y urbanizaciones periféricas. Recientemente se inauguró el Teatro Narciso González en el populoso sector de Villa Juana, como una “oficialización” del trabajo tesonero que realizó en la zona, el Club Mauricio Báez. Mucho antes, en otro sector de la ciudad del Ozama, Casa de Teatro, del mítico Freddy Ginebra; Las Máscaras, dirigida por Germana Quintana; el Centro Cultural de España, el Grupo Gratey y el Teatro Guloya, estremecieron las tablas en continuas representaciones. Conjuntamente con la puesta en escena de obras de la dramaturgia mundial, el Santo Domingo del tercer milenio ha diversificado su oferta cultural internándose tras un solo de Michael Camilo, en el más exclusivo *Jam Session* de la noche caribeña. Con él tenemos anualmente un conocido festival en la costa norte del país que

se diversifica en Cabarete, Punta Cana, La Romana, pero fundamentalmente en Santo Domingo, donde se dan cita Gonzalo Rubalcaba, Dave Valentín, Arturo Sandoval, Bebo Valdéz, Rafaelito Mirabal, Felle Vega, Pengbian Sang, entre otros virtuosos que, irremisiblemente, me conducen a las primeras guaridas de los misioneros del rock y el jazz en ese Santo Domingo posterior a la contienda bélica de abril de 1965 que halló, en Bonnie Baehr, su marchito ángel de la guarda. Por lo general el periplo nocturno arrancaba en El Drake Pub, llamado posteriormente Pata de Palo; periplo de apaga y vámonos. Después recalábamos en El Village Pub y Raffles; o allá, encendiendo los motores, en el Bar Ibiza, Café Atlántico y en el Café Concert Punto Clave, con su lejano toque de tecno-music y sus chicas de pelo verde y naranja negadas a dar paso a un nuevo día.

Si para subir al cielo tomábamos la Máximo Gómez, para bajar, por la Lincoln, terminábamos haciendo un contrapunto en el Proud Mary Pub o en El Bodegón, donde Tavito Vásquez colgara de su enronquecido saxo, fieros latidos.

(Circularidad de la noche no exenta de una fuerte dosis de poesía).

Otras veces, descendiendo las escaleras de El Conde a la Avenida del Puerto, abordábamos el barquito del jazz que sube y baja por el Ozama. No puedo precisar ahora si Guillo Carías tocó allí; pero el recuerdo se impregna de melodías de su grupo *Cuatro más uno sobre la grama*, hasta cuando el barquito se interna en las luces del malecón: El Placer de los Estudios, Guibía, La playita.

Ahora son otros los templos y tabernas porque el centro ciudadano ya no es mi centro. La ciudad corre, (corrió rápidamente), invitándonos a transitarla por sus bulevares y elevados; por sus pasos a desnivel y grandes avenidas; por su metro recién inaugurado como si se procurara borrar todo vestigio de un Santo Domingo apacible, en voz baja, con sus personajes y animales de tiro para el comercio de los más variados productos del campo a su mesa.

“Marchanta, marchante”, dice el pregón matutino, para conformarnos con lo que se nos devuelve vía celuloide, en no pocas películas. Así es, el cine ha recuperado la memoria



histórica de una ciudad (cuna de la primera universidad y primera catedral americanas), que ha ido perdiendo sus añoradas salas de proyección y sus fabulosos cine-forum capitaneados por los poetas de la Generación del 60. Había llegado el momento. El prometido cine dominicano nació, pero nació huérfano. Las películas se deben disfrutar en video —desgraciadamente—, entre sollozos de infantes y urgencias domésticas, sin el encanto de la sala oscura ni la fundita de *pop corn* que legitime nuestra mala educación. Una vez más lo digo: “para hablar de magia y encanto en Santo Domingo hay que hablar en pasado”.

—¿Me decías? Una cultura de fugas y regresos permanentes.

Después del cine en El Capri nos vemos (era común escuchar), si una aleve propuesta no nos arrastra hacia el autocinema Iris presenta una variadísima cartelera: cena incluida. Podía ser ésta la opción o el comedor de Men el Chino, frente al Parque Independencia que, del otro lado, tenía al Restaurant Mario (también de chinos): preferencia de mis amigos poetas de la Generación del 48, eternamente abocados a refundar la patria. Era como tener el mundo en un puño. Al doblar la esquina, Radio Guarachita con su antena poli-direccional “rumbo al futuro”, y su música un lamento que traducía latidos de tierra adentro. La recuerdo muy bien porque allí se recibían los mensajes de los amigos procedentes del interior del país. “Aló, aló, aló, último aviso: el poeta Luis Alfredo tiene aquí un sobre que puede ser su futuro. Envía su tía Rosa Elena”. O, en su reverso y por lo general, mandábamos mensajes cifrados para que algún compañero fuera trasladado de escondite u otras emergencias políticas; a excepción de las notas que dejaban en el anonimato nuestras urgencias amorosas. La verdad es que la emisora se había convertido en un ícono de la ciudad, con personajes tan pintorescos como su director Radhamés Aracena, que al morir, dejó una audiencia abandonada en un dolor metafísico. Eran sus fieles oyentes, los inmigrantes. En otro sentido nosotros también, los poetas, levantamos un altar sabatino desde el viernes por la noche. “Mañana María Ugarte me publica un poema”. El acontecimiento precisaba un bautizo: una celebración mojada, un brindis. Y durante una semana, hasta el sábado siguiente, el teléfono no dejaba de sonar. Doña María se retiró; pero, *Caribe* en mano, acudo a La Cafetera religiosamente a ejercer la crítica en su aspecto más ruin: la oralidad, después de abonar a mi muerte una hora terrible en la librería La Trinitaria. Lo de terrible va entre comillas porque con esa primera tertulia del sábado ganaba suficiente energía como para enderezar esquinas en esa nueva parte de la ciudad cuyo movimiento invita a recorrer el firmamento. Atrás quedaron las librerías, las

imprentas, los cines, las heladerías (ah, Los Imperiales, con esos helados de uva playa), los vespertinos de titulares sangrientos y el penetrante olor a mirra de la Semana Santa.

(Un paréntesis se hace necesario. La Semana Mayor: período que devuelve a sus orígenes a los verdaderos capitaneos, pocos la llevan consigo. Las calles vacías tras el éxodo de cuaresma, te abre la posibilidad de frecuentar en la inveterada ciudad los museos y monumentos que, por la extrema cercanía, nunca se visitan. Se impone, entonces, salir y hacer peregrinación de puerta en puerta a sus siete iglesias coloniales, que dejan a la imaginación viajar al corazón de los siglos en la metálica voz de las campanas, Cierro el paréntesis).

Now, (aguijoneando bífida la lengua), la ciudad se desplaza y se eleva; se contrae y se dispersa. Santo Domingo es un espacio de convergencia cultural en el que se habla, indistintamente, español, inglés y francés, como en Madrid, Londres y París, se ha creado un mercado para las artes plásticas nacionales.)

Por primera vez los poetas (en grupo considerable) se desempeñan en dos y tres lenguas creando una sociedad de poetas vivos que hacen el coro de la posmodernidad, penetrando en el campo de la traducción. La poesía, por décadas la cenicienta de la literatura latinoamericana, ha saltado al ruedo internacionalizando sus poemas fundamentales, al tiempo que pone a circular textos fundacionales traducidos por autores dominicanos que brillan con luz propia. El telón se ha corrido. En escena se mueven jóvenes poetas en agraz articulando un lenguaje de altas torres y estrellas (en el decir del poeta Franklin Mieses Burgos), de quienes espero un “nuevo escalofrío”.

De pronto advierto que están abiertas las plazas, que se iluminan las estaciones del vino, para darme cuenta que los poetas no han acudido a mi cita (salvo Jeannette Miller, para quien la ciudad es un enigma), negándome la oportunidad de alcanzar el contrapunto que anunciaba en principio. Pero, ¿acaso podríamos conseguir de los poetas mejor visión ciudadina que lo declarado por declamado en sus versos?

Veamos qué nos dicen. •

Notas

¹ Lámpara casera dominicana.

² Se conoce como “tiempo de Conchoprismo” al período posterior a la muerte del presidente Ramón Cáceres (1911) y que comprende la ocupación militar estadounidense de 1916 a 1924.

ALEXIS GÓMEZ ROSA. Poeta dominicano, 1950. Es una de las voces poéticas y literarias más reconocidas en su país. Ha publicado en números anteriores de *Casa del Tiempo*. Contacto: gomez_rosa@hotmail.com